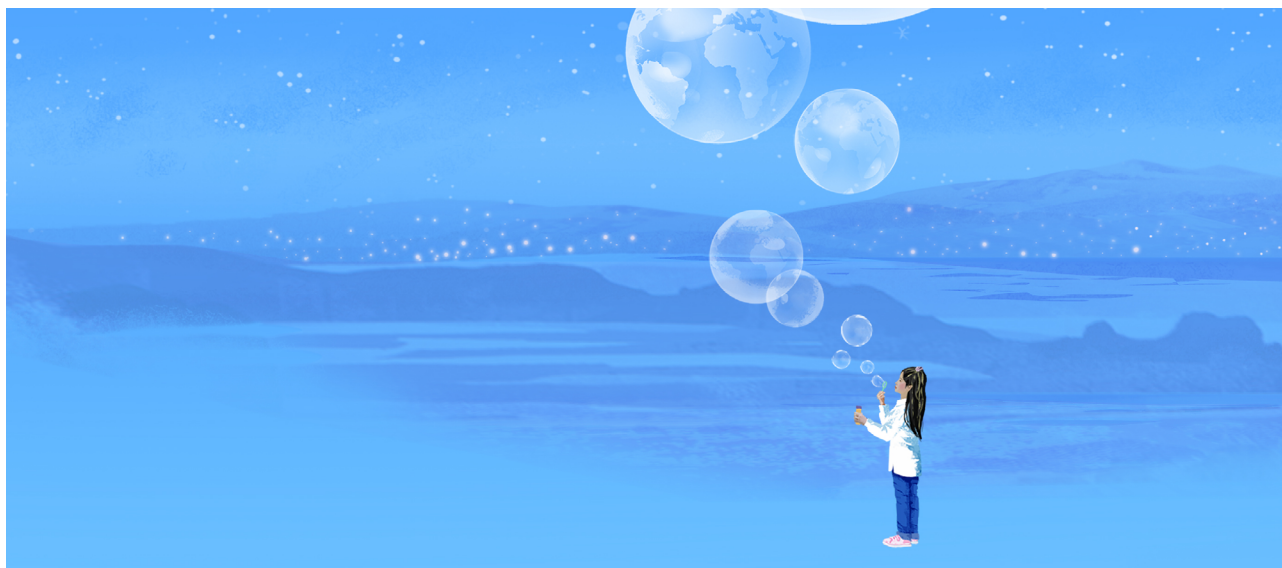




#flg2021

---

En una palabra cabe una autobiografía. Nuestro Luis Rosales repitió más de una vez esta afirmación que yo comparto aquí. Esto es posible porque las palabras son un saco sin fondo en el que los recuerdos y los vocabularios se enredan y forman un racimo copioso de vida. Mi biografía está en la palabra Granada, pero, de rama en rama, en esas siete letras caben un barrio junto al río Genil, un templete de música, la banda municipal, un puente llamado de Las brujas, otro llamado Puente verde, un jardín, pinos con orugas, tranvías, un colegio, la tienda Montero discos, una Facultad, maestros, amigos, bares, la estación de tren, los viajes interminables y nocturnos, el aeropuerto, Madrid, la Bahía de Cádiz, Nueva York, Buenos Aires, México, y así hasta recorrer el mundo de camino en camino o de página en página antes de volver a la biblioteca de la casa de mis padres. Las palabras y los libros son El Aleph de Borges, ese lugar íntimo en el que caben por amor todos los sucesos y todos lugares del ancho mundo.

Rosales y Borges eran amigos de las repeticiones, porque sabían valorar los asombros, aquellos momentos que convierten a cualquier ser humano en un descubridor. Permítanme a mí repetir aquí la tarde de domingo en la que fui atrapado por las metáforas gracias a las Obras completas de nuestro Federico García Lorca. Como en muchas casas granadinas de clase media, en la de mis padres había una habitación para las visitas. La capacidad destructiva de 6 hijos, todos varones, como nos recordaba el estribillo preferido de mi madre, suponía un peligro para las sillas, las butacas, las mesas y cualquier otra cosa que cayese cerca de sus travesuras. Ese era el motivo de que mantuviesen cerrada una habitación al fondo del pasillo para recibir a las visitas con un poco de dignidad hospitalaria. La biblioteca de mis padres estaba allí, esperándome, y supongo que con cierta desconfianza sobre el posible uso que pudiera darle el mayor de los bárbaros.

Una tarde de domingo, quizá valiéndome de los descuidos propios de la siesta, entre en la habitación sagrada, curioso por los cajones, los documentos familiares, las botellas de licor y la estantería. Llamaron mi atención las ediciones de obras completas de la Editorial Aguilar, encuadernadas en piel e impresas en papel biblia. Libros sagrados en la habitación sagrada. A lo largo de mi adolescencia me encontré allí con Cervantes, Galdós, Lope de Vega, Santa Teresa, Calderón de la Barca o Quevedo. Pero en aquella primera ocasión caí dentro de Federico García Lorca, un mundo sagrado dentro de un lugar sagrado, en el que la luna era algo más que la luna, y los caminos se cargaban de misterio y los colores se apoderaban del viento o del agua de un modo asombroso. Me acostumbré desde entonces a mirar lo que existe bajo las superficies, a levantar las faldas de los secretos, a escuchar en los silencios. Lo conté así en un poema de mi último libro, No puedes ser así. (Breve historia del mundo), titulado "Obras completas":

### **Obras completas**

**Al abrir aquel libro  
en el cuarto cerrado de casa de mis padres,  
debajo de la piel y de la firma en oro,  
no me esperaban letras,  
ni siquiera palabras en los brazos del tiempo.  
Eran la soledad  
de una paloma oscura,  
el amarillo hiriente del limón  
como un sueño en la boca,  
la luna estremecida de aquello que no vuelve  
y el sol entre los cascos de un caballo  
por el amanecer del horizonte.  
Con el agua en los hombros me senté,  
el cuerpo sumergido en un silencio,  
la vida en un poema.  
De pronto descubrí la autoridad  
de la tarde imprecisa y de la noche larga.  
Una vez más nacer  
sobre mil novecientos -creo- sesenta y nueve.  
El mundo estaba abierto. Me llamó  
la promesa incompleta de un destino.**

Para acabar de contarlo todo, déjenme que me detenga un momento en otro poema, porque al salir a la calle y a la historia empecé a preguntar sobre los lugares del poeta de Granada, y me enteré que había sido ejecutado en una Guerra Civil, 22 años antes de que yo naciera, y eso se convirtió en una pregunta sobre mí mismo, sobre mi conciencia y mis vínculos con el idioma de mi patria. Todavía adolescente llegué a la "Huerta de San Vicente", con una mirada llena de preguntas y de palabras, de esas en las que cabe una autobiografía. Lo he recordado así en el poema "Huerta de San Vicente":

**Se busca una ciudad.**

**Parece que fue vista  
en manos de un poeta.  
Vestía un cielo limpio,  
un desnudo de nieve  
y rumor de cafés civilizados.**

**Se busca una ciudad  
igual que una palabra.**

**Recuerdo aquellos años  
inexplicables de mi adolescencia,  
la sombra del poeta en el balcón  
de su casa cerrada.  
Aparecía y desaparecía  
con la misma torpeza suplicante  
de los primeros versos,  
cuando son las palabras vagones melancólicos  
de un tren que ya no puede con su alma  
o no sabe moverse todavía.**

**Detrás de los cristales,  
bajo las tachaduras de lo que se persigue  
en un papel cuadriculado,  
buscaba una ciudad,  
un trozo de madera borrada por el tiempo,  
la ley de gravedad que fijase mi nombre  
en un mundo de olvidos  
y de rara intuición.**

**Heredé las ausencias, pisé lo que no estaba,  
imaginé su noche,  
solitario poeta fusilado,  
y me pertenecía  
como la habitación de los amigos,  
como la luz cautiva de la luna  
en los amaneceres.**

**Adolescencia,  
siempre tiene más prisa  
el menos esperado.  
Buscaba en los escombros de una guerra  
aquello que no puede vivir en los escombros.**

**Vestía un cielo limpio, un desnudo de nieve.**

**Se busca una ciudad. La recompensa,  
aprender a vivir con uno mismo,  
saludar a la luna en horas de trabajo,  
mover recuerdos en un cajón vacío.**

La búsqueda de mi ciudad y de mi propia manera de ser nació así de forma ya inseparable y para siempre de los libros. No se trata de una mala compañía, aunque pensar el mundo a través de palabras sustanciales tampoco es una invitación a la comodidad. Junto a los sucesos y los datos, la imaginación moral, el autoconocimiento, el saber ponerse en el lugar del otro sin dejar al otro sin lugar y la responsabilidad sobre la melancolía y los sueños. entran en nuestra conciencia y en nuestros sentimientos a través de la lectura.

No se me ocurre mejor metáfora del contrato social, el diálogo de los intereses privado en los espacios públicos, que el hecho de la lectura, el acto hospitalario en el que unos ojos entran a vivir en un mundo ajeno hasta sentirlo propio, aprendiendo a conocerse a sí mismos al viajar hacia los demás. Presencia en soledad, lo llamaba nuestra Elena Martín Vivaldi, en un poema de amor dolorido. Podemos entender en sus versos no sólo una herida de amor, sino la presencia imborrable de los recuerdos más íntimos, las huellas definitivas que nos deja la lectura de los libros que nos han hecho: "tú ya no puedes, / yo sé que tú no puedes / borrar todas las letras de lo que ya está escrito / sobre los almanaques de una fecha". La lectura, como la poesía para nuestro Javier Egea, es un pequeño pueblo en armas contra la soledad.

Hace unos años se profetizó la desaparición de los libros de papel por culpa de las ofertas electrónicas. Una profecía no cumplida. No sólo sigue vivo el libro de papel, sino que los amigos editores y libreros celebran su fortaleza, ahora demostrada en los días difíciles de la pandemia. Y es que entre las lecciones de la literatura está una provechosa visión del tiempo que se niega a la sacralización del instante, a las noticias de usar y tirar, a la mercantilización de los segundos. El escepticismo y las fugacidades de la posmodernidad, su nada es verdad ni mentira, han encontrado una resistencia persistente en los grandes relatos de la literatura. Recibimos una herencia de nuestros mayores y nos comprometemos con el futuro al dejársela a los jóvenes sin apretar las teclas absolutas del borrado o del reiniciar. Los libros son una hermosa negación del absolutismo. Un lector no es ni un viejo cascarrabias, ni un adán. La lectura nos hace herederos, no descendientes. Descendemos del mono, pero somos herederos de la escritura.

Por eso conviene tomarse en serio todo lo que la palabra cultura significa. La pandemia no ha podido con el libro, pero ha puesto sobre la mesa el núcleo discutido del contrato social, la necesidad de articular las libertades individuales con los marcos del cuidado y la convivencia. Vivimos un mundo que corre el peligro de confundir la libertad con la ley de la selva o del más fuerte, y la seguridad con el autoritarismo, dos extremos que se dan la mano porque nacen cuando la historia separa los valores de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Invertir en cultura es apostar por la convivencia, por la libertad cívica, por el respeto y los cuidados, por la responsabilidad de lo común.

En la responsabilidad de lo común, sería una trampa grave separar la tradición humanista de la cultura de transformación científica y tecnológica, apartando las lecciones recibidas de los caminos abiertos por las nuevas posibilidades. La buena cultura permite que las valoraciones del mundo no se sometan al productivismo destructivo y a los intereses económicos, sino que estén al servicio de la dignidad humana. La escritura fue voluntad de contar y voluntad de permanencia. La escritura necesita de un planeta en el que permanecer, una voluntad de compromiso con el futuro para que la herencia humana pueda seguir dando testimonio de sus itinerarios. Los peligros de degradación del planeta, los peligros que observamos día a día por culpa del cambio climático, atacan al corazón de la escritura y al concepto del tiempo que nos enfrenta al mundo de usar y tirar. Somos herederos de la historia, y nuestro compromiso está en pasar la antorcha a los jóvenes. La literatura representa ese concepto del tiempo que se niega a convertirse en mercancía del instante. En el fondo, sus esfuerzos tienen que ver con el respeto a la verdad, con la puesta en duda de las mentiras que se acogen a la irresponsabilidad de las prisas y con la voluntad de permanencia, de dejar huella, la huella de un ser que pasó por el mundo, raíz última de la escritura y del autor que habla de sus propias imaginaciones en busca de un lector. Lector de hoy y de mañana.

Y todo esto se celebra en una cita con los libros, en una Feria que nos convoca al amparo de Cervantes, Sor Juana, Jovellanos, García Márquez, María Teresa León, Carmen Laforet, Manuel Vázquez Montalbán o Elena Poniatowska. También en nombre de Galileo, Copérnico, Santiago Ramón y Cajal o Margarita Salas. Una cita que nos vincula al mundo que debemos conservar para seguir contando, para que sea posible en el tiempo el calor vivo de las novedades y de los autores más jóvenes. Seguimos. Nos cuidamos. Hacemos memoria. Ahí está también, entre las bolsas, las firmas y la gente, el murmullo nuestra primera biblioteca familiar, el lugar en el que nos sentimos sorprendidos con un libro en las manos. Bajo todo escritor hay un lector. El muchacho que yo era hace 40 años paseaba por la ciudad, cargado de melancolías e ilusiones, escribiendo el poema "Sonata triste para la luna de Granada", que formó parte de *El jardín extranjero*. Biografía y voluntad poética. Aquel libro tuvo suerte. Por ejemplo, gracias al verso "Todo me llega débil como un baile lejano", mi amigo Juan Vida empezó a tomarme en serio como poeta. Los bailes lejanos formaban parte de mí porque yo me vine a vivir de niño a este barrio, en el Paseo de la Bomba, y las casetas del Corpus se levantaban aquí cada mes junio, pegadas a mi casa y al verano. Los libros, los sueños y las imaginaciones se mezclaban de manera inevitable con la música de los bailes lejanos. Por cierto, se oía de todo, desde el Dúo Dinámico a la canción protesta, pero nunca una sevillana. ¡Cómo cambian las cosas!

En la "Sonata triste para la luna de Granada" hablé de la melancolía granadina. Pero fue una melancolía optimista una necesidad de buscar el futuro, de creer en el progreso de mi ciudad, en un amanecer diario mezclado con los libros y la cultura, con el patrimonio y la educación, con las bandas de rock, los pintores, los grupos de teatro y las tertulias políticas de los primeros pasos de la democracia. Cada vez que en algún acto, en cualquier lugar del mundo, el presentador repite de forma rutinaria los datos biográficos, Luis García Montero, nació en Granada, en 1958, oigo sus palabras no como una simple fórmula protocolaria, sino como un compromiso íntimo. Y es que, ya saben ustedes, en una palabra cabe una biografía. Vuelvo a Granada, vuelvo a mi hogar.

Permítanme que acabe este pregón con los versos finales de aquel poema escrito hace 40 años. Alude a una ilusión en la que sigo creyendo y que comparto con la gente del libro, escritores, escritoras, librerías, libreros, editoras, editores, profesores, profesoras, lectores y lectoras. Nuestra vocación es la noche que conoce el valor del amanecer y el amanecer que no pierde nunca la memoria de la noche:

**Amanece  
moradamente un día  
que las calles comparten con la lluvia.  
La soledad respira más allá de las grúas  
y mi cuerpo se extiende  
por una luz en celo que adivina  
los labios de la sierra,  
la ropa por las torres de Granada.  
La madrugada deja  
rastros de oscuridad entre las manos.  
Oigo  
una voz que clarea. Lentamente  
los tejados sonríen cada vez más extensos,**

**y así,  
como una ola,  
entre la nube abierta de todos los suburbios,  
esta ciudad se rompe sobre las alamedas,  
bajo los picos últimos  
donde la nieve aguarda  
que suba el mar, que nazca la marea.**